

Componentes intersubjetivos de la acción y la cultura política:

análisis de su incidencia en el conflicto armado colombiano

Wilson Díaz Gamba

Licenciado en: Ciencias Sociales, Especialista en Desarrollo Humano y Procesos Afectivos, Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria, Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Profesor Área de humanidades, Investigador del grupo Ecaes de la Facultad de Ingeniería Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Correo electrónico: wjdn50@yahoo.com

Andrés Castiblanco Roldán

Licenciado en Ciencias Sociales, Candidato a Doctor en Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia, Profesor de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria y la Licenciatura en Educación Básica con Énfasis en Educación Artística. Director del Grupo de investigación Literatura Educación y Comunicación LEC de la Facultad de Ciencias y Educación. Profesor honorario de la Maestría en Estudios Sociales Universidad Pedagógica Nacional. Correo electrónico: geoandes@hotmail.com

Componentes intersubjetivos de la acción y la cultura política: análisis de su incidencia en el conflicto armado colombiano

Resumen: Este trabajo presenta una reflexión sobre los componentes intersubjetivos que intervienen en el análisis de la acción política a partir de los hábitos y patrones de los ciudadanos dentro del contexto de la cultura política y su incidencia en el conflicto armado. Se busca reflexionar sobre la manera en que la particularidad de los sujetos, mediada por el relato colectivo /violento de la historia social, ha consolidado las prácticas y actitudes frente al fenómeno político contemporáneo y la violencia.

Palabras claves: Violencia, Guerra, Cultura, Cultura política, Ciudadanía, Individuo.

Intersubjective components of political action and cultural policy: analysis of its impact on Colombian armed conflict

Abstract: This paper presents a reflection on intersubjective components involved in the analysis of political action, from the habits and patterns of citizens within the context of the political culture, and their impact on the conflict. It seeks to reflect on the way in which subjects' particularity, mediated by the collective – violent recount of social history, established practices and attitudes towards contemporary political phenomenon and violence.

Keywords:

Violence, War, Culture, Political Culture, Citizenship, Individual.

Artículo recibido: 30/05/2013
Artículo aprobado: 19/06/2013



“Cuando creíamos que teníamos todas las respuestas, de Pronto, cambiaron todas las preguntas”.

Mario Benedetti

La guerra y la cultura política en la configuración del estado colombiano

Para muchos autores, la guerra se podría señalar como la piedra angular sobre la cual se han configurado los sistemas democráticos modernos, ella ha sido el punto fundacional de la “república” y la “libertad” y por esta razón, es que todos las naciones, exaltan héroes y batallas épicas, que fueron etapas violentas pero transitorias hacia la constitución de Estados unificados sobre la figura de nación. En efecto, la guerra en la mayoría de los países, ha sido un proceso de transición hacia la constitución de Estados-Nación, en el que el uso de la violencia con fines patrióticos y nacionalista contra los mismos compatriotas se constituye como parte de la historia.

Colombia es uno de los pocos países en los que no ha existido un momento de ruptura entre la reivindicación de la guerra en aras de la libertad y la democracia, y la violencia política *per se*; ello a causa de la incapacidad que se ha tenido para constituir un Estado-Nación, razón por la cual, el país aun está sumergido en el espiral de violencia que se fraguó a partir de los ideales de patria y libertad, sobre los que se consolidó la hegemonía de la hasta hoy vigente “Patria Boba”.

Un estado que ha sido gobernado por una élite trashumante que elude leyes nacionales, impone tendencias y directrices culturales foráneas que sólo piensa en el beneficio propio, una oligarquía que tiene una cadena de poder que comparte una línea casi dinástica desde los inicios de la república.

La guerra en Colombia es un legado macabro que recibimos desde comienzos de nuestra historia, razón por la cual, ésta es narrada y aprendida a través de hechos de violencia, conflictos armados y violación al sentido de humanidad. Secuencia que se inició con la abrupta llegada de los españoles y el holocausto de su conquista, seguido por una imposición colonial que como dice el cantante cubano Silvio Rodríguez “no en vano nos ha hecho cobardes”, desembocando en una lucha por la libertad que en palabras de Eduardo Galeano:

inició el día en que los próceres de la independencia alzaron sus espadas y concluyó cuando los redactaron en el país una bella constitución que negaba todos los derechos al pueblo que había puesto los muertos en el campo de batalla (Galeano, 1997, p.9).

Revoluciones burguesas a fin de cuentas, verdaderos ejercicios de poder y de emancipación entre letrados y castrenses, donde



el campesino, el indio y el negro no sirvieron más que de peones para abultar los ejércitos y poner los muertos, a pesar de los intentos *épicos de las campañas de las fuerzas militares en Colombia que emparentan a sus numerarios con los héroes de gesta y los hace, por lo menos en esas preparadas imágenes de la televisión, amigos del pueblo.*

Colombia es un Estado democrático, o al menos eso es lo que se cree – técnicamente hablando- un país en donde supuestamente, el sistema político se fundamenta en el imperio de la ley, siendo la constitución el instrumento para frenar los abusos de los más fuertes o de las mayorías, regulando las libertades civiles y los derechos políticos de los ciudadanos. En este sentido, la democracia es la representación de la acción, la política la cual vista desde la perspectiva de los griegos y más puntualmente desde los sofistas, es la actividad humana desde la que se configura la forma en que los individuos establecen “un modo de estar juntos”, el medio por el cual se generan acuerdos con los demás, se coordinan y organizan (Arendt, 2000).

Este modo de estar juntos se inicia dentro del clan o la familia, sistema en el que se aprende a actuar políticamente a partir del reflejo de las costumbres y los valores que se posee, construyéndose un cuerpo político como lo plantea Arendt (2000) en el que los lazos de sangre unen la diversidad en representaciones similares, es decir, la configuración de una cultura política que permite que los individuos vivan en sociedad.

En Colombia la “manera de estar juntos”, la cultura política, no está constituida sobre unos parámetros de integración, respeto y justicia, sino todo lo contrario, pareciera que es la desconfianza en las instituciones, el odio, la intolerancia e intransigencia lo que nos identifica. Es así, que si la guerra es la

continuación de la política por otros medios como exclamó Carl Von Clausewitz; de Colombia podría decirse que la guerra es la expresión de su cultura política, y de ello dan cuenta las doce guerras civiles que se dieron a partir del grito de independencia de 1810 en el siglo XIX¹ y las dos guerras civiles no declaradas durante el siglo XX² e inicios del

1 I) La primera guerra civil que se dio en nuestra recién nacida nación es la que se gestó entre los federalistas y los centralistas durante los años 1812-1813; II) la segunda confrontación se dio por la toma que Bolívar hace de Santafé y el posterior sitio que éste hace a Cartagena durante 1814; III) la tercera guerra civil es la de 1828-1829 en la que el general José María Obando y José Hilario López se levantan contra la dictadura del Libertador Simón Bolívar; IV) la cuarta guerra (1830-1831) se genera en contra del régimen dictatorial de Rafael Urdaneta, culminando con la derrota de este último y así con el sueño Bolivariano de la Gran Colombia; V) la quinta es la denominada Guerra de los Conventos (1839) iniciada por el clero pastuso como forma de oponerse a la orden del congreso de disolver los conventos que tenían menos de 8 sacerdotes, la cual terminó con la derrota de los pastusos; VI) la sexta es la Guerra de los Supremos (1840-1841) ésta inicia con la sublevación de José María Obando ante José Ignacio de Márquez que fue aprovechada por otros caudillos anti gobiernistas para sublevarse y exigir la ubicación de militares santanderistas en la distribución del poder, al no contar con los rebeldes con una dirección unificada estos terminaron siendo derrotados; VII) la séptima es la guerra civil de 1851 fue iniciada por terratenientes conservadores caucanos quienes se oponían a las reformas liberales de medio siglo; VIII) la octava es la guerra civil de 1854 gestada a partir de un golpe de estado dado por el General José María Melo en contra del presidente José María Obando, el gobierno golpista fue depuesto ocho meses después a partir de una alianza entre los conservadores y los gólgotas liberales; IX) la novena guerra es la que se dio entre 1860 y 1862 esta fue la única guerra civil del siglo XIX que ganó el bando insurrecto, esta fue una sublevación liberal dirigida por el gobernador del Cauca Tomas Cipriano de Mosquera ante el presidente conservador Mariano Ospina Rodríguez; X) la decima es la llamada guerra de las escuelas (1876-1877) generada por los conservadores ante el gobierno radical de Aquileo Parra como alternativa para detener la educación laica y demás medidas anticatólicas. Esta guerra permitió la unida pasajera de las facciones radical e independiente del liberalismo. XI) La decimo-primer es la guerra civil de 1885 que fue iniciada por el radicalismo liberal en Santander y Cundinamarca contra las maniobras de los jefes nuñistas locales que desconocieron el triunfo electoral en Santander, tras la derrota de los insurrectos se declaró el fin de la era del liberalismo radical; XII) la decimosegunda es la guerra civil de 1895 la cual inició con un fallido intento de golpe militar contra el gobierno de Miguel Antonio Caro seguido de incipientes levantamientos departamentales los cuales fueron sofocados rápidamente; XIII) La última guerra civil del siglo XIX fue la denominada guerra de los mil días (1899-1902) en la que los liberales radicales intentaron por última vez recuperar el poder, tan solo al principio involucró ejércitos grandes, convirtiéndose en un conflicto irregular que desgastó fuertemente a los liberales, logrando vencer únicamente en Panamá. La guerra terminó en una clase de empate acordado en los tratados de Neerlandia y el Wisconsin (Gutiérrez y Urrego, 1995, p.68).

2 En la primera mitad del siglo XX la guerra civil fue denominada “época de la violencia” (1930-1957) un conflicto civil no declarado, siendo la confrontación armada más violenta que se había dado hasta el momento entre los partidos. El conflicto ini-



XXI³ donde la constante pareciera ser que sólo a partir de la eliminación del otro es que se refunda la paz y el orden.

Ciertamente, las afirmaciones que señalan: las grandes desigualdades sociales, la acumulación de la riqueza en unas pocas manos y la pobreza extrema, como el foco nodal del conflicto político en Colombia, son muy reduccionistas; ya que este planteamiento debe analizarse en contexto, pues como reza el adagio popular: somos fruto y semilla a la vez; o en términos de la Gestalt: somos la parte y el todo simultáneamente, lo que establece que así como somos objetos, también somos individuos determinantes de nuestro contexto, palabra que etimológicamente significa “entrelazar”, es decir que el contexto es el todo conectado y es el que le da coherencia a sus partes⁴. Dicho de otra manera, así como existen unos factores exógenos que influyen en la acción social, también hay otros intrínsecos que causan el mismo efecto, es decir, que la explicación del conflicto colombiano en el accionar de lo político, no sólo se remite al análisis de lo social, sino a la configuración de la personalidad en

ció a partir del triunfo liberal de Enrique Olaya Herrera en 1930 donde los dirigentes conservadores locales al ver que habían perdido el poder que habían ostentado por más de 43 años, empezaron a hostigar a los liberales y de igual forma los liberales que habían sido reprimidos durante toda esa época al llegar al poder quisieron pagar con la misma moneda aquello que les había tocado sufrir. La población civil fue la más afectada la cual tuvo que sufrir el boleteo y las masacres. La violencia ganó intensidad tras el regreso de los liberales al poder en 1946, generalizándose después de la muerte de Jorge Eliecer Gaitán, reduciéndose a simple bandolerismo después del golpe de Estado del general Rojas Pinilla (Gutiérrez y Urrego, 1995, p.71).

3 En el conflicto armado de nuestros días (1964 - actualmente) muchos de los reductos guerrilleros liberales que no le entregaron las armas a Rojas conformaron repúblicas independientes en apartadas regiones del país bajo la influencia comunista, tras la arremetida del ejército durante 1964 y 1965 y al calor de la revolución Cubana aparecieron las guerrillas como las FARC, ELN, EPL y M-19 y como contra parte a estas surgieron las auto-defensas y el paramilitarismo de ultraderecha, las cuales usaron la guerra sucia (masacres y magnicidios) como modo de acción de doblegar a la insurgencia (Gutiérrez y Urrego, 1995, p.78)

4 Un acto en contexto requiere como lo plantea Michael Cole una interpretación relacional, ya que los objetos y los contextos se presentan juntos como parte de un único proceso bio-socio-cultural de desarrollo (1999, p.117).

la determinación de la acción social (Cole, 1999, p.19), es lo que Azar y Burton (1986) denominaron el conflicto social prolongado, en donde se mezclan factores internos y externos, a partir de la disonancia que se da dentro de un grupo social en donde se deja de lado la justicia y se asume acciones de hecho para resolver el conflicto.

La interrelación de la cultura y el individuo en la construcción del accionar político

Desarrollar un análisis del conflicto colombiano en contexto, requiere establecer un reconocimiento de la acción social que influye en el individuo a partir de las prácticas y los objetos sociales que ha construido la sociedad a través de la interacción que se desarrolla en ella, es decir, el sistema de significados que caracteriza al grupo, aquellos modelos culturales que funcionan para interpretar la experiencia y para guiar la acción en diversos dominios (Cole, 1999). Quedando señalada la relación existente entre personalidad y cultura, pues como lo plantea Esteva (1993) antes que la personalidad, que lo psíquico, está la cultura, concebida ésta como la expresión superorgánica⁵ de la naturaleza humana. Por tal razón, se puede afirmar que existe una dependencia entre cultura y personalidad, la cual está constituida dialécticamente, ya que los individuos expresan e incorporan los lenguajes, los sentidos, los símbolos, los comportamientos y las representaciones o artefactos, que le son impuestos desde la más

5 Dicha expresión orgánica es aún mucho más clara si establecemos, como lo plantea Clifford Geertz, que la cultura hace alusión a: significados, símbolos, valores e ideas y engloba fenómenos como la religión y la ideología. Ella es un patrón de factores como símbolos transmitidos históricamente, un sistema de conceptos heredados y expresados en forma simbólica mediante los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan sus conocimientos y sus actitudes frente a la vida (1999, p.89).



temprana infancia mediante los procesos de socialización cultural específicos de su grupo o comunidad, pero al mismo tiempo desarrollan pautas y estrategias sociales de adaptación a sus propios fines de seguridad y de desarrollo personal en el marco de los límites establecidos por cada cultura.

Dichas dinámicas no están exentas de contradicciones, por el mismo hecho de ser dialécticas, puesto que la relación se vuelve tensa a partir de la necesidad que tiene el individuo de ampliar su autonomía y el contraste existente con la necesidad que tienen la sociedad o las comunidades de regular la actividad de las personas. Puesto que, cuando el individuo es adulto, asume el legado de su cultura integrándose así a la sociedad a la que pertenece, convirtiéndose los fines de ésta en sus propios fines, a pesar de que existan individuos que no lo reconozcan así, y pretendan marginarse de su comunidad o cultura, desconociendo que ésta es parte fundamental de su ser (Arendt, 1998). Determinándose que la construcción del ego en el individuo, está condicionada por el papel social que le ha sido adjudicado por su comunidad de referencia, y por el significado que tiene la actividad social que el individuo realiza.

En tal sentido, cultura y personalidad se entrelazan en el ejercicio de lo político a partir de las interacciones que se dan en la sociedad en la que vive el individuo y en la que transcurre su ciclo vital, siendo éste una expresión de su cultura o de lo superorgánico. Incidiendo diacrónicamente el individuo en la cultura, a partir de su personalidad, creándola e interpretándola, efectuando una transformación imperceptible en forma voluntaria o involuntaria a partir de su acción individual y colectiva; dado que la acción social, los valores, los lenguajes, los símbolos, que expresa un individuo no le pertenecen por completo,

sino que son compartidos con los demás miembros de su sociedad, de su comunidad, de ahí que Vigotsky como lo recuerda Baquero (1997) plantee que los procesos cognitivos en los humanos son primero sociales y luego, mediante la interiorización, éstos son incorporados y “encarnados” en los individuos.

Lo que implica que los seres humanos son el único animal que atraviesa por dos gestaciones: una biológica en el útero y otra en la matriz social, en la cual el individuo es sometido a varias determinaciones simbólicas que lo convierten en miembro de una comunidad. Por lo tanto, establecer el por qué de nuestra historia sangrienta en nuestro accionar político, requiere del establecimiento de cómo es que se ha construido lo político en la acción social y en lo individual, a partir del entramado cultura que determina el comportamiento en lo político.

La cultura política como categoría de análisis de la guerra en Colombia

La cultura política como categoría de análisis es definida por Marta Cecilia Herrera y otros (2005) como:

El conjunto de prácticas y representaciones en torno al orden social establecido, a las relaciones de poder, a las modalidades de participación de los individuos y grupos sociales, a las jerarquías que se establecen entre ellos y a las confrontaciones que tienen lugar en los diferentes momentos históricos (p.22).

Es decir, el acervo de códigos que los individuos han construido históricamente acerca de su orden político vigente; la manera en que se construye la forma de estar juntos, con



lo que se infiere que la acción política es la expresión de dicha cultura, de la estructura histórica específica del sistema simbólico y el sentido que los individuos le dan a la acción social, en la cual es determinante establecer cuáles han sido las relaciones dominantes, para ir descodificando los códigos intersubjetivos relevantes de la sociedad (Arendt, 1998).

La cultura política ha sido un tema largamente abordado por los politólogos y su inicio podría ser remontado a la aparición en 1963 del texto de Almond Gabriel y Sidney Verba titulado: *The Civic Culture or The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*⁶, pues es la obra pionera en el estudio de la cultura política y a partir de ella, es innumerable la literatura que se ha escrito en torno al tema, pero dos han sido los enfoques más importantes que la analizan: uno el comparativo y el otro el interpretativo.

El primero, atiende al comportamiento de los individuos frente a la estructura y los procesos políticos, entendiendo la cultura política como normas, valores y actitudes individuales, lo que hace que sea más propenso a la utilización de técnicas masivas cuantitativas para su medición -encuestas-, por lo tanto, un estudio comparativo en torno a la cultura política recurre al contraste entre distintas naciones o distintas expresiones de la cultura política a lo largo del tiempo en un mismo Estado o entre distintos tipos de regímenes políticos (Almond, 1992). Desde esta perspectiva, es muy poco lo que se puede ahondar en el análisis de la cultura política

colombiana y su incidencia en la violencia política del país, pues está más relacionada con instituir las reglas de funcionamiento del sistema a partir de la estadística del conocimiento que tienen los individuos en torno al régimen político, que de establecer las causas de las actitudes políticas de éstos en una comunidad.

En consecuencia, lo que se busca referenciar desde ésta perspectiva es analizar el sistema político a través de la participación individual dentro del sistema; es así, que a partir de dicha perspectiva, no es la interacción de los individuos lo que constituye la cultura política, sino el individuo como tal (Almond, 1992).

La segunda perspectiva se preocupa más por las manifestaciones colectivas que se generan en la interacción de los individuos en el accionar político, concibiéndose la cultura política, como la red de significados sociales y políticos, propios de una colectividad, en el que las relaciones que los individuos establecen entre sí a lo largo del tiempo, forman estructuras e instituciones, cuya sedimentación, da significado a la acción social (Tarrow, 1997). Éste enfoque, busca conocer los significados, símbolos, códigos de la acción social, incluida la acción política; con ello, se puede decir que, según esta teoría, la cultura política no es diferente a la cultura en general, presentando dos instrumentos de análisis básicos: el sentido y el significado de la acción social (Ritzer, 1993). En el terreno de lo político ello significa que las acciones políticas no se sitúan en el nivel superficial, o externo, sino que tienen un determinado sentido interior, un sentido que se va adquiriendo a partir de los usos y costumbres de la comunidad, que al irse acumulando va creando significaciones entre los miembros de la comunidad, que a su vez se reproducen y forman códigos subjetivos.

6 La obra consistió en un estudio sobre las actitudes de la población hacia sus respectivos sistemas políticos, a través de una encuesta que intentaba abarcar tres aspectos de dichas actitudes: los conocimientos sobre el tema político, la identificación del individuo con su sistema político y la evaluación sobre éste; es decir una dimensión cognoscitiva, una afectiva y una evaluativa, a partir de lo cual se buscaba establecer en qué medida la cultura cívica-política posibilita el desarrollo de la democracia en un país así como su estabilidad. Véase: Inglehart (2001).



De acuerdo con George Ritzer (1993), los individuos desarrollan una caracterización del mundo social a partir de los hábitos y patrones construidos previamente; los cuales son utilizados por el individuo en su acción social que a través del tiempo pueden llegar a convertirse en instituciones. De manera que la incidencia de la cultura política en el conflicto armado, tiene que ver con esos hábitos, patrones, tipificaciones e instituciones, lo que plantea que toda actitud política corresponde a una pauta cultural previa, es decir, las actitudes políticas son producto de pautas establecidas de un comportamiento político anclado históricamente.

En tal sentido y parafraseando a Lechner (1987) para conocer el sentido de la acción política, debemos saber interpretar y reconocer el significado de los códigos a través de los cuales se dan las relaciones entre los individuos en una sociedad; se debe buscar la estructura del bagaje común de los sentidos propios del grupo social, los mecanismos de conciencia, significación, simbología y cosmovisiones que poseen. Es decir, el cúmulo social del que los individuos echan mano a la hora de actuar que, según Lechner, tienen una significación que proviene de sentidos compartidos por los integrantes del grupo social, que han sido fijados generacionalmente, para ser usados por los miembros con el fin de responder a las situaciones cotidianas. Por consiguiente, el bagaje de significados y sentidos que los individuos dieron y siguen dando a sus acciones, forman una tradición, la tradición de los sentidos que es compartida por todos los miembros de la comunidad y son fuente de la acción social de éstos, que aunque parten del ámbito subjetivo, es muy importante reconocerlos porque permiten -en nuestro caso- indagar por qué los individuos en Colombia, responden como

lo hacen en el mundo de lo político a través de la violencia.

De manera que para entender el sentido de la acción política es necesario establecer el acervo social o sistemas de significados que tienen en torno a lo político los miembros de la sociedad, los cuales, según Crespi

se formaron a través de la experiencia individual, en el contexto de las condiciones materiales de su ambiente de vida, así como por el conjunto de ideas que se tiene sobre la autoridad y el poder que se fueron sedimentando históricamente en él (1997, p.12).

Pues todo individuo, aún sin reconocerlo, tiene un conjunto de bienes morales o culturales acumulados por tradición o herencia que se proyectan en lo político, dado que el conocimiento general y el sentido común hacen que el individuo responda políticamente según su cultura, la cual a su vez es la que permite la reproducción del orden político, lo que determina, que es desde las acciones cotidianas que se desarrolla el accionar político, pues ahí, se forman las representaciones sociales que distintos grupos configuran acerca de la realidad en general, y en torno de la vida política en particular.

La ciudadanía como componente de la cultura política nacional

Uno de los elementos fundamentales en el análisis de la cultura política es la ciudadanía, categoría que ha tenido ciertas particularidades pues, como se sabe, la historia colombiana no es una trayectoria lineal hacia la modernidad sino más bien, la concatenación de una conciencia mítica con unos conceptos modernos tales como ciudadanía, democracia y pueblo, a través de los cuales



se intentó construir el Estado, pero sobre absolutos como Dios, Patria y Norma. Quedando excluido de ello, o descontextualizado y tergiversado, la representación teórica del sistema político democrático, es decir el ciudadano (García & Serna, 2002).

En cierta forma un seguimiento que involucre el devenir de este concepto a lo largo de la historia invita a la reflexionar sobre la correlación entre los contextos socio espaciales que de la mano con los repertorios simbólicos históricos de los grupos sociales han configurado el concepto de lo ciudadano; al respecto el trabajo de Adrian Serna *Ciudadanos de la Geografía Tropical* (2006) hace un dispendioso esbozo de lo que constituye la ciudadanía y cómo Colombia se ha consolidado en el contexto de los procesos de formación de identidad y configuración de los grupos sociales.

En este sentido, en el país, lo ciudadano se constituyó como un credo secular por medio de unos discursos patrióticos que no se desligaron de las formas expresivas religiosas (Perea, 1996). Reduciendo la ciudadanía al civismo y el conmemoracionismo que se sustentaba en la historia oficial, así como en el argumento de la exclusión y la marginación social de mujeres, negros, indios, pobres etc., tejiendo una cultura política de sectarismo, que instauró la ciudadanía como una nueva forma de opresión y disgregación colectiva. Un modo de construir tejido social que convergió en una serie de egoísmos individuales y gremiales que estructuraron la cultura política, sobre la cual, los individuos construyeron sus códigos e imaginarios de socialización, los cuales ordenaron las formas de construcción del poder, y desde éste el conflicto social y político que ha sumido al país en una sucesión de guerras civiles que como dice Paul Valery sólo han sido “la

masacre entre gente que no se conoce para el beneficio de gente que si se conoce pero que no se mata” (Artaud, 2005, p.56).

Evidencia de lo que se ha reflexionado se ve en la apuesta de las organizaciones sociales que buscan romper o pretenden hacer ruptura con protocolos institucionales que han caracterizado a las entidades que representan la política pública (Castiblanco, 2011), los grupos sociales cada vez más gestionan nuevas formas de acercarse a su realidad y la de los otros donde se construyen resistencias en barrios y escuelas alrededor de la legitimación de la violencia y su presencia en la intimidación de los que gobernados por un aparato tecnológico estatal con la mediación de dispositivos anclados al mercado y sus derivas, terminan o reproduciendo o haciendo frente desde una postura que se pretende despolitizada pero que representa un universo simbólico-político propio.

En consecuencia, la construcción de una cultura política en Colombia no se ha cimentado a partir de una figura representativa como el ciudadano o la afiliación ideológica o partidista, ni a partir de programas y propuestas, o los logros del partido en el gobierno, sino por los símbolos y los sentimientos ancestrales encarnados en los individuos como una devoción religiosa que históricamente ha promovido el desconocimiento del otro y la aniquilación de éste (Perea, 1996); por lo tanto, es a partir de la configuración de la cultura política en donde reposa la violencia política que se expresa en el país. Ya que aquí, los actores políticos, se sienten los salvadores y restauradores de la patria y por lo tanto el adversario, o amenaza de muerte el *statu quo*, o es el antagonista que no deja configurar la sociedad “ideal” y por ello éste, debe ser eliminado.

Por lo tanto, el legado de guerra y violencia que ha azotado al país, transmutándose



y agudizándose a través de los tiempos, está relacionado a la confusa y primitiva cultura política, que más que ser un esquema estándar y representativo de una cultura política nacional, es una serie de culturas políticas construidas desde lo tribal, las cuales niegan la posibilidad de diálogo porque dentro de su configuración parten de posiciones religiosas y maximalistas que deslegitiman mecanismos reguladores como tribunales y jueces, lo que lleva a resolver el conflicto por medio de la violencia.

La cultura política en Colombia es reflejo de su idiosincrasia, el clientelismo es reflejo de la estructura simbólica de la iglesia católica en donde la Virgen y todos sus santos son intermediadores entre los rezos y Dios (Sudarsky, 2001), en consecuencia es algo que tenemos interiorizado, el paramilitarismo es la expresión de la creencia que cada quien debe aprender a defenderse como pueda, se apologiza la limpieza social y se cree que ésta es necesaria, se suele cuestionar la improvisación de los gobernantes, pero gran parte de la población colombiana todos los días se levantan a rebuscarse el sustento de cada día. En Colombia se tiene arraigada la ley del más fuerte, en el poder para ejercer el poder, y bien lo decían los liberarles radicales al afirmar *que no iban a perder con papellitos lo que habían ganado con las armas*. Muchas veces se cuestionó el autoritarismo de Uribe, pero nunca se discutió sobre el autoritarismo del profesor, del padre y del policía. La gran mayoría de los colombianos poseen una evocación judeocristiana mesiánica que lleva a creer que al país lo salvarán unos cuantos hombres, sin entender que los países se salvan así mismos.

Al evaluar la cultura política colombiana se percibe que el conflicto no tiene un fin a corto ni mediano plazo y más cuando dirigentes

como Álvaro Uribe Vélez se convierten en caja de resonancia de las acciones delictivas de las guerrillas, incubando dentro del inconsciente colectivo la evocación de una herida que debe mantenerse abierta para que nunca sane, manteniendo un resentimiento que paraliza, que genera inamovibles y deslegitima todo debate basado en la razón, encerrando al país en la encrucijada del maniqueísmo en un diálogo de sordos que sólo escuchan su corazón, impidiendo la sumatoria de voluntades como expresión de la política.

Construir una sociedad en la que exista una equilibrada forma de estar juntos, una equilibrada cultura política, parte de la configuración de una disposición laica y equilibrada, que genere una férrea oposición al establecimiento de lo sagrado y lo inmutable, en la que los individuos entiendan que la democracia es debate, es oposición, es consenso y éste no se construye en el unanimismo, pues como planteó Montesquieu, el poder debe ser controlado por el poder, lo que establece que para que exista una sociedad democrática debe haber fuerzas contrapuestas.

La democracia como forma superior de gobierno es la expresión de canales de comunicación en los que se manifiesten las inconformidades y disensos garantizando niveles sustanciales de libertad, pluralismo y participación, para generar acuerdos y puntos de encuentro entre los contradictores, articulando en lo público entramados sociales que permitan reconocer la diferencia en la diversidad, siendo esta la única alternativa que se tiene para romper con la redundancia histórica en la que está sumida Colombia, por creer que la insatisfacción y la disidencia son subversivas, ilegales, e incluso, un indicio de delito. Se debe reconocer que la democracia no es la ausencia de contradicción y conflic-



to sino que es la transmutación de estos en acuerdos y consensos que se construyen sobre el disenso.

Por lo tanto, para salir de la espiral de odio e intolerancia en la que está sumido el país desde los inicios de su historia, demanda asentar que la extrema polarización que vivimos no es a causa de la falta de democracia sino por la ausencia de demócratas, estableciéndose que el verdadero sentido de la democracia no se fundamenta en lo que la gente piensa sino en la forma en que los individuos se relacionan entre sí (Dahrendorf, 2008). Motivo por el cual antes que un sistema de organización, la democracia es una cultura y se debe asumir como tal.

Es así que la construcción de una sociedad más humana y justa en donde los con-

flictos no se resuelvan por medio de *vías de hecho o formas violentas* está ligada a cómo asume el individuo su actitud política en lo social. Para tal fin, la primera premisa que se debe incorporar es que hay que promover en los ciudadanos la convicción de que sus derechos no son dádivas que generosamente les otorga el poder, pues todo ciudadano tiene derechos y ninguna persona, grupo o institución puede arrebatárselos, negociar con ellos, o atribuirse la facultad de concederlos como si se tratara de un bien que pertenece a la autoridad. Se debe constituir una convicción profunda que genere un sentido colectivo de dignidad que permita la existencia de una ciudadanía crítica, que impida cualquier exceso de poder por cualquier actor político.



Referencias bibliográficas

- Almond, G. (1992). *Política comparada, una concepción evolutiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Almond, G. & Verba, S. (1963). *The Civic Culture or The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. EUA: Little Brown Publisher.
- Arendt, H. (1998). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. (2000). *Comprensión y política; el pensar y las reflexiones morales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Artaud, A. (2005). *La libertad del espíritu*. Buenos Aires: Leviatán.
- Azar, E. & Burton, J. (1986). *Conflict Resolution: Theory and Practice*. Boulder: Rienner Publishers.
- Baquero, R. (1997). *Vygotsky y el aprendizaje escolar*. Buenos Aires: Editorial Aique.
- Castiblanco, A. (2011). Las organizaciones juveniles y la escuela: en la intimidad de la acción colectiva en Usme. En García R, Amador J. & Leonel Q. (Eds.). *Jóvenes y Derechos en la acción colectiva*. Bogotá: Instituto para la Pedagogía y el Conflicto Urbano de la Universidad Distrital IPAZUD y Personería de Bogotá.
- Cole, M. (1999). *Psicología cultural: una disciplina del pasado y del futuro*. Madrid: Morata.
- Crespi, F. (1997). *Acontecimiento y Estructura: por una teoría del cambio social*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Dahrendorf, R. (2008). *En busca de un nuevo orden: una política de la libertad en el siglo XXI*. Barcelona: Paidós.
- Esteve, F. (1993). *Cultura, sociedad y personalidad*. Barcelona: Anthropos.
- Galeano, E. (1997). *Ser como ellos*. Bogotá: Tercer mundo editores.
- García, R. & Serna, A. (2002). *La Dimensión Crítica de lo Ciudadano*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Geertz, C. (1999). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gutiérrez E. & Urrego M. (1995). *1101 cosas sobre la historia de Colombia que todos debemos saber*. Santa fe de Bogotá: Intermedio editores.
- Herrera, M, Pinilla, A, Infante, R, & Diaz, S. (2005). *La construcción de la cultura política en Colombia: Proyectos hegemónicos y resistencias culturales*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Ingelhart, R. (2001). *Modernización y posmodernización. El cambio económico y político en 43 sociedades*. Madrid: Siglo XXI.
- Lechner, N. (1987). *Cultura política y democratización*. Santiago de Chile: CLACSO-FLACSO.
- Perea, C. (1996). *Porque la sangre es espíritu*. Bogotá: Santillana.
- Ritzer, G. (1993). *Teoría sociológica contemporánea*. Madrid: McGraw Hill.
- Serna, A. (2006). *Ciudadanos de la Geografía tropical. Ficciones históricas de lo ciudadano*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Sudarsky, J. (2001). *El capital social de Colombia*. Bogotá: Departamento Nacional de Planeación.
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial.

